



HUEVOS CALIENTES

Daniel Herrera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



ÍNSULA



HUEVOS CALIENTES

Daniel Herrera

HUEVOS CALIENTES

Daniel Herrera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Rogelio G. Garza Rivera
Rector

Santos Guzmán López
Secretaria General

Celso José Garza Acuña
Secretario de Extensión y Cultura

Antonio Ramos Revillas
Director de Editorial Universitaria

Jessica Nieto Puente
Edición

Edgar A. Estrada Esparza
Diseño y Formación Editorial

Padre Mier 909 pte. esquina con Vallarta, Monterrey, Nuevo León, México,
C.P. 64000. Teléfono: (5281) 8329 4111 / e-mail: editorial.uanl@uanl.mx /
editorialuniversitaria.uanl.mx

Primera edición, 2019
© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Daniel Herrera

ISBN: 978-607-27-0974-4

Impreso en Monterrey, Nuevo León, México
Printed in Monterrey, Nuevo León, Mexico

HUEVOS CALIENTES

Era 30 de abril y José Alfredo Jiménez había comenzado a beber desde temprano. Sus padres le pusieron ese nombre más por aprovechar el apellido célebre y no tanto porque admiraran al cantante. Aunque, en secreto, su madre siempre tuvo el sueño de que su vástago se hiciera igual de famoso y, así, sacarlos de la miseria que conocía desde niña. Nunca funcionó ni el nombre y tampoco lo hizo su hijo. Ella siguió igual de pobre viviendo con José Alfredo Jiménez, un tipo que salta de trabajo en trabajo como las pulgas de perro en perro.

* * *

El Bobby, al despertarse esa mañana, estiró su brazo hacia la derecha y tanteó lo que funcionaba como mesa de noche: una reja de madera para tomates que había encontrado en un basurero. No buscaba ni su reloj, ni sus lentes, ni mucho menos un libro. Lo que encontró fue una botella de cerveza que había dejado a la mitad la noche anterior. Le dio un trago haciendo buches y gárgaras con lo que sobraba. No le supo mal como otras mañanas. Tal vez porque no estaba tan crudo.

* * *

Nosotras, por el tiempo que sea necesario, cuidaremos a nuestro padre: Don Jacinto. Todas somos ya grandes, hace rato que abandonamos los 30 años, pero no estamos dispuestas a abandonar a nuestro padre y que muera en soledad. En realidad, no queremos tener ningún otro hombre, nuestro padre es al único que realmente deseamos. Los otros hombres son seres extraños que no reconocemos, no queremos pensar que podríamos estar desnudas con algún hombre ajeno y que nos toquen y que nos besen y que nos metan mano y que nos ensarten como insectos de colección. No podemos anhelar algo así, no queremos eso. El sólo pensarlo nos horroriza.

* * *

Ya estoy viendo mi programa favorito de las mañanas, lo hago en una televisión de 14 pulgadas, es una chingadera, porque yo quisiera una tele grandotota. Una de esas de 49 pulgadas, una Samsung con cuatro entradas HDMI y tres de USB, sonido doble digital con conexión a internet, una tele inteligente, chingona, mamalona, pues. Estoy segura que también tiene apagado automático. Eso estaría de huevos para aquellas noches en que José Alfredo llega a la hora que se le hinchan y lo espero despierta o no. A veces ya me vale verga. Nomás por aguantarlo debería tener una televisión de verdad, pero ese cabrón no se mocha para comprar una más chida.

* * *

ES TERRIBLE TENER QUE DESPERTAR Y VERTE EN LA CAMA A UN LADO MÍO POR QUÉ NO TE LEVANTAS ANTES JAVIER JAVIER RODRÍGUEZ NO ME ESTÉS JODIENDO QUÉ NO VES QUE YA ME ESTOY LEVANTANDO ES QUE NO SOPORTO QUE ESTÉS DESDE TEMPRANO CABRONA ME TIENES HARTO YO NO SÉ POR QUÉ ME CASÉ CONTIGO POR MALDITA POR ESO TE CASASTE CONMIGO PARA JODERME LA VIDA MIRA YA ME VOY A LA COCINA DEJA DE GRITAR QUE LOS VECINOS SE VAN A ENTERAR ME IMPORTA UNA MIERDA QUE SE ENTEREN CARAJA CONTIGO

* * *

Por la mañana decidió intentarlo. La Puerca metió la mano bajo el calzón y comenzó a masturbarse. Lo hizo despacio, procurando que las cobijas no revelaran ningún movimiento. Nada. La Puerca se desesperaba por ser casi un niño, deseaba con fervor crecer. Y es que estos 12 años no eran suficientes, quería tener ya 15. Parecía una buena edad para pagarle a una puta. Pero antes necesitaba eyacular. Lo intentó de nuevo y sólo logró lastimarse. "Chingada madre".

* * *

Jacinto salía a la calle todos los días para observar a las mujeres que pasaban, mientras esperaba que la muerte pronto viniera por él. La aguardaba por el norte, “cualquier día”, se decía, “cualquier día da la vuelta en la esquina, luego luego la voy a reconocer a la puta”.

* * *

La verdad que no me dolió mucho el chingadazo. Salí a jugar desde temprano porque mi mamá y mi papá estaban a quéjese y quéjese y ya no los aguantaba. Pero, me adelanto. Cuando desperté, papá ya había comenzado y es que cuando no tiene trabajo se pone muy mal, muy mal.

* * *

Jorge y Jesús habían quedado de verse ese día para ir a la presa. Mucho sol y agua. Disfrutaban sumergiéndose en un canal lleno, la mitad de agua y la otra mitad de mierda. Hacía calor y por eso no deberían olvidar algo de vital importancia: dos six de cervezas y cuatro cigarros de marihuana.

* * *

Ese día, José Alfredo Jiménez había comenzado desde temprano. Dos días antes lo habían corrido de una maquiladora. Tenía que descansar,

el desempleo es agotador. La situación podía resolverse de dos formas, o encontraba otro trabajo lo más pronto posible o dejaba que su mujer consiguiera dinero de donde fuera y se ponía a hacer lo que más le gustaba: beber cerveza.

* * *

Después de enjuagarse la boca se levantó pesadamente. El Bobby vivía solo. La vida era para flotar sobre ella: ni un ancla ni un lastre ni una lapa ni un peso muerto. Nada. Por eso podía buscar una botella de cerveza tibia a medio terminar todas las mañanas y tomarla sin escuchar un reclamo o una queja.

* * *

Y es verdad, hemos gastado una cantidad enorme de dinero para tener a nuestro padre con los mejores doctores. Después de que le hicieron muchos estudios y pruebas que no entendemos, nos han dicho que necesitaba un marcapasos, entonces se lo compramos. Él dice que ya lo dejemos en paz, que no nos soporta, que nos larguemos, que ya estamos muy maduras como para todavía vivir aquí, que ya se quiere morir, que somos unas harpías, unas brujas, que consigamos un novio o por lo menos alguien que nos desvirgue, que nos vayamos a la chingada. Las tres corremos a la cocina llorando y

lamentándonos y hablando entre nosotras. ¿Qué es lo mejor que podríamos hacer por nuestro padre? No lo sabemos, nosotras nos desvivimos por él y sólo recibimos patadas. Por eso, cuando ya no podemos seguir soportando tantos insultos, lo sentamos a la puerta de la casa. Dice que le gusta y que quiere ver hacia el norte todo el día. No sabemos por qué, pero si algo lo hace feliz, también nos hace felices.

* * *

Entonces, José Alfredo Jiménez comenzó desde temprano a beber, sentado en el pequeño patio delantero de su casa, bajo la sombra infame de un árbol raquítico. La casa era pequeña y fea, costaba al mes más de lo que valía y José Alfredo nunca se preocupaba mucho por pagar la renta. Tomó un poco más de su cerveza a la salud de su casa y del árbol pobre y dejó que la botella descansara entre las piernas. Le gustaba sentir un cosquilleo frío, vacilante, invadiendo sus testículos.

* * *

¿Qué es lo mejor que podríamos hacer por nuestro padre? No lo sabemos, nosotras nos desvivimos por él y sólo recibimos patadas. Y es que nuestro padre, cada vez que se encuentra sentado afuera, mirando

hacia el norte, se le van los ojos detrás de otras mujeres. Eso nos duele mucho, porque quisiéramos que solamente tuviera ojos para nosotras, para sus tres hijas que siempre lo están cuidando y queriendo como amantes, como esposas, como madres. Pero él dice que no molestemos con nuestras necesidades. Entonces nos vamos, porque no queremos seguir viéndolo mientras se emociona con las piernas, con las nalgas, con las tetas de otras mujeres. Estamos dolidas y lloramos en silencio mientras cocinamos, lavamos y limpiamos para él, nuestro único hombre.

* * *

La Puerca se levantó con la verga inflamada, fue al baño y le dolió al orinar. Su mamá ya estaba concentrada en su labor diaria. Ahora bebía de una botella de plástico, el olor a alcohol barato inundaba la sala. Su madre, al encontrarlo de pie frente a ella, le dedicó una mirada dulce. Lo atrajo con sus manos apestosas a crema Nivea. Le dio un beso en la frente y le dijo: “pobre hijito mío, tan feo, tan gordo, tan inútil, pero yo lo voy a querer mucho, mucho, mucho”. La Puerca se zafó y limpiándose el beso dio media vuelta sin decir nada.

* * *

Entonces, José Alfredo Jiménez decidió que continuaría toda la tarde bebiendo a la salud de sus huevos fríos, de su cerveza, de su casa miserable,

del arbolillo, de su hijo, de su pobre madre y de su mujer que planchaba y veía televisión allá adentro. Al final, eran las únicas que realmente lo soportaban. Al darse cuenta de eso, levantó de nuevo su cerveza y dio un trago más. “¡Salud!”

* * *

POR QUÉ CHINGAOS EL DESAYUNO ESTÁ FRÍO QUÉ NO SABES HACER DESAYUNOS NO ME ESTÉS JODIENDO CUARENTA AÑOS DE CASADOS Y TODAVÍA NO SABES HACER UN PUTO DESAYUNO DECENTE POR QUÉ NO TE LEVANTAS Y TE LO PREPARAS PORQUE NO ME DA LA GANA Y DEJA DE JODER QUE SÍ ME LO VOY A COMER TOTAL A LO MEJOR ME MUERO HOY Y SE ACABA TODO ESCUCHASTE A LO MEJOR ME MUERO QUE SERÍA LO MEJOR A MÍ NO ME DIGAS NADA YA ME CANSÉ DE QUE SIEMPRE SALGAS CON LO MISMO.

* * *

A pesar de su edad, no había nada que le gustara más a La Puerca que las mujeres. Pero como todavía no podía cogerse a ninguna, entonces pateaba su balón de futbol y andaba por ahí, esperando a que alguien quisiera jugar con él.

Es por eso que salió a la calle, para ver a quién encontraba. Estaba decidido: todos los días jugaría fut hasta que le saliera algo más que orina.

* * *

“Chingado, cómo me gustaría que estuviera por acá el Bobby”, pensó José Alfredo y tomó el último sorbo de su cerveza a su salud, a la salud del Bobby. Después tiró el envase vacío que cayó con el culo, tintineando al chocar contra las piedritas desperdigadas en la tierra de lo que podría ser una jardinera. Un reflejo de luz proveniente de la botella, le partió la cara en dos.

* * *

El camino entre su casa y la del hijo de José Alfredo se hacía, caminando con tranquilidad, en 15 minutos, “pero si te persigue tu mamá con un cinturón para darte con toda su fuerza, te tardas sólo cinco,” pensó La Puerca mientras andaba.

* * *

El Bobby en realidad se llamaba Jaime, pero todos lo conocían como el Bobby por su gran parecido con los perros. Sus amigos le chiflaban, le tronaban los dedos y lo cuchileaban como si fuera perro de pelea. El asunto era que también caminaba un poco

curvado y siempre pegado a las paredes, cuando se enojaba pelaba los dientes y poco le faltaba para que moviera las orejas. No tenía cola, obviamente, pero todos estaban convencidos de que, si tuviera una, la balancearía todo el tiempo.

* * *

Y es que esta plancha también es una chingadera. Apenas puedo hacerlo bien con esta mierda. Yo quisiera una plancha Black & Decker con válvula de vapor y rocío, para hacer más fácil el trabajo. Esa plancha tiene luz indicadora de prendido y antiadherente. Pero la chidota es la que plancha en seco. Con un crédito de Famsa podría comprarme una chingona, pero en esta casa nadie piensa en mis necesidades y por eso sigo utilizando esta mamada. Y así me tardo un madrazo en planchar las camisas del huevón de José Alfredo que está tomando sus cervezas allá afuera. Además, ¿para qué quiere camisas si ni trabajo tiene? Pinche huevón.

* * *

La Puerca estaba muy tranquilo pateando el balón contra una pared, en eso vio venir al hijo de José Alfredo Jiménez. La Puerca no sabe bien

por qué le cae mal alguien, lo único que hace es demostrarlo de la forma más violenta posible. Así que él no entiende por qué el hijo de José Alfredo le cae mal, pero supone que necesita demostrarlo.

* * *

Sus pertenencias eran pocas: una cama, una mesa, una silla, una grabadora, un ropero, una tele, una hornilla eléctrica y un refrigerador. Adentro: cerveza y limones. Lo mínimo de ropa en el ropero. La suficiente como para no lavar en una semana. El Bobby lo abrió y no tardó demasiado en elegir su vestimenta.

* * *

La pelota pasó por encima de la piedra que delimitaba la portería, La Puerca gritó “¡gol!”, pero el hijo de José Alfredo dijo que no era verdad, que nadie le metía gol nunca. La Puerca vio ahí su oportunidad. Lo primero que hizo fue empujarlo.

* * *

No hice nada cuando vi venir el primer golpe, solamente alcé un poco las cejas y cerré los ojos. Después comencé a defenderme. La Puerca es una niña para los golpes. Me reía mientras nos peleábamos, ja, ja, ja. Y mientras más me reía, más se enojaba La Puerca.

* * *

SIEMPRE CAMINAS POR DELANTE JAVIER
TE AVERGÜENZAS O QUÉ CHINGAOS NO
ME PUEDES ESPERAR NO NO TE PUEDO
ESPERAR PORQUE VAS MUY DESPACIO Y
YA VAMOS TARDE PARA ABRIR LA TIENDA
TAMBIÉN ME DAS VERGÜENZA APÚRATE
CHINGADO QUE YA VAMOS TARDE PERO
PARA ESO TENEMOS UN NEGOCIO PROPIO
PARA NO ANDAR CON PRISAS PINCHE
VIEJA HUEVONA PINCHE VIEJA HUEVONA
CARAJO.

* * *

Pero pronto dejé de reír, porque ya me estoy
acostumbrando a estas peleas y dice mi mamá
que eso no está bien.

* * *

El puño acertó de lleno en la cara del hijo de José
Alfredo. La Puerca hizo confianza, lanzó algunos
golpes, recibió otros, erró muchos, más de los que
recibía. Levantó su pierna y la impulsó hacia la de
su rival sin siquiera pensarlo.

* * *

Lo que me hizo perder el equilibrio fue una patada
que me dio La Puerca en la pierna. El suelo era

un lugar cómodo, podía relajarme y que pasara
el tiempo. La tierra sabía un poco amarga pero
no estaba tan mal, digo, podría ser peor, como
caca de perro o algo así. Cuando sentí mi cachete
arder, me di cuenta que también me había dado en
la cara. Ardía y dolía y se hinchaba. Papá no iba a
estar nada contento.

* * *

Golpeó con fuerza, lanzó sus puños hacia la cabeza
y la espalda del hijo de José Alfredo, después optó
por patear una y otra vez. Lo hizo hasta que sintió
que sus agotadas piernas vibraban y su corazón
trepidaba como manada de elefantes corriendo,
después pateó de nuevo, otro poco más.

* * *

Debía ir a trabajar, tomó sus tinas y unos trapos.
Llegó a la calle donde ganaba sus monedas. Hacía
su labor con energía y estridentes gritos. En cuanto
alguien dejaba un espacio se paraba cerca e indicaba
a los conductores que ahí había un lugar libre.
Cuando alguno se decidía a estacionarse el Bobby
gritaba: “viene, viene, viene” y al final extendía la
mano. A veces lavaba algunos carros. Su trabajo
terminaba a las cuatro de la tarde, entonces volvía
a casa para bañarse.

* * *

Creo que fue una patada, eso fue lo que me puso así la cara.

* * *

El hijo de José Alfredo Jiménez seguía en el suelo. Decidió no levantarse, entonces escuchó un ruido similar a cuando los cerdos se empujan entre ellos para comer mierda fresca directa de la letrina. Sintió que algo se estrelló contra su cabeza. Era un escupitajo de La Puerca, el sonido que escuchó venía de su nariz al concentrar el gargajo en su boca.

* * *

José Alfredo Jiménez tenía una cerveza nueva entre sus piernas, cerró los ojos y sonrió porque la vida con los huevos fríos era muy buena. Entonces, escuchó un ruido, algo parecido a un sollozo. Abrió los ojos despacito, como si supiera por adelantado que se encontraría con el resto del día podrido, aventado a la basura. No se equivocaba.

* * *

La nariz me sangró porque soy muy delicado, un chilletas, eso dice mi papá que soy. Pero juro por

mi madre, juro por Dios, hasta podría jurar por mi padre, que ahora no lloré frente a La Puerca. Lo hice hasta que llegué a mi casa, justo enfrente de papá. Pero antes no, hasta cuando La Puerca me escupió no lloré nada, nadita.

* * *

Frente a él se encontraba un niño, un niño de nueve años cubierto de tierra, con un hilito de sangre que nacía en la nariz y se perdía en la boca. Tenía un cachete rojo y el ojo derecho hinchado y casi cerrado. Era su hijo, el único, el error de su vida.

* * *

Pero qué importa un escupitajo si me acababan de pegar en la cara y en la espalda y en las piernas y en los brazos y en la cabeza y en otro lugar que no sabía dónde estaba, pero que me dolía.

* * *

Desde su primer y definitivo hijo, José Alfredo decidió que no iba tener ni uno más. “Es una chinga, pinches huercos nomás tragan y tragan”, le decía al Bobby, quien, después de tomar de su cerveza, respondía cualquier cosa que no lo comprometiera. “No pos sí, qué gacho”, fue la respuesta de ese día.

* * *

Jacinto ansiaba la muerte, aunque sus hijas continuaran empeñadas en mantenerlo vivo, habían juntado entre todas el suficiente dinero para ponerle un marcapasos. Él no quería que le pusieran ese aparato, pero terminó aceptándolo cuando se dio cuenta de que ellas no cesarían nunca.

* * *

—No quiero más hijos, pero sí quiero seguir cogiéndome a mi vieja o a la que sea.

—No, pos sí, ni modo que te la jales todo el tiempo.

—Dicen que las viejas, despuesito de sus pinches días, no pueden tener hijos.

—¡Ah! ¿Sí?

—Simón, ¿a poco no lo sabías, pendejote?

—No, pos no.

* * *

Ese día encontró lo mismo de siempre: tipos que no dan propina, jóvenes de mirada despectiva y ancianos que entregan la propina como si quisieran salvar al Bobby de la vida que llevaba. Ellos no sabían que era muy feliz así. Por ejemplo, le divertía cuando alguna señora con

camioneta gigante, se quería estacionar en un espacio pequeño. Él gritaba, se desgañitaba, casi ladraba: “¡Vienevienevieneviene!”. La mujer no sabía estacionarse y la mitad del auto terminaba en la banqueta. Después, abrió su puerta y sin voltear a ver a El Bobby, se alejaba con pasitos rápidos. Ni un “gracias” desangelado pudo masticar para él.

* * *

No pensaba comprar condones, no pensaba comprarle pastillas a su esposa, no pensaba interrumpir el coito, lo que intentó fue destrozarle el culo pero no le gustó.

—Fue como si abriera la puertita y oliera a mierda.

—No, pos sí —respondió el Bobby, moviendo la nariz queriendo olisquear el recuerdo de José Alfredo.

* * *

¿Qué es lo mejor que podríamos hacer por nuestro padre? No lo sabemos, nosotras nos desvivimos por él y sólo recibimos patadas. Es muy doloroso, pero hay que aceptarlo, nuestro padre no nos quiere como nosotras a él. Hace poco, una de nosotras estaba por salir a la calle mientras nuestro padre seguía afuera sentado.

Entonces, alcanzó a escuchar que le decía cosas cochinas a una mujer muchísimo más joven que él. Seguro era una cualquiera, una zorra, una puta desgraciada. Nuestra hermana corrió a la cocina a platicarnos, dice que hasta alcanzó a ver que esa putarraca paraba más el trasero, que lo levantaba para mostrárselo a nuestro padre. Y es doloroso porque a nuestros casi cuarenta años, no queremos ningún otro hombre y él con cualquier mujer se emociona. Ni siquiera voltea a vernos. Eso duele, duele, duele.

* * *

Frente a José Alfredo y su cerveza recién abierta, estaba su hijo, que tenía rota la jeta, gracias al golpe que le había dado no sabía quién chingados. El niño comenzó a gemir, lo hacía quedamente. Sabía que a su padre no le gustaba que llorara. “¡Encima que traga un chingo es un pinche maricón chilletas!” gritaba cuando el pequeño comenzaba a salpicar todo con lágrimas. Pero ahora sí existía una buena razón para llorar. Había que decirlo con sinceridad: le acababan de partir su madre, toda. Al hijo de José Alfredo Jiménez no le había molestado tanto la humillación, aquellos que presenciaron la pelea pronto la olvidarían. No, lo peor de todo habían sido los golpes, dolían,

ardían, ardían, ardían tanto que el contacto con el pantalón, con la ropa, era casi insoportable. Quiero decir, todos sabemos cómo era eso.

* * *

Más tarde, la mujer subió al auto, se echó en reversa y trabajosamente salió del pequeño espacio. Ella no vio el clavo que estaba recargado sobre una de las llantas traseras. El Bobby, claro, lo había puesto. Se divirtió imaginando a la mujer cuando tuviera que ir a una vulcanizadora.

* * *

Habría sido que José Alfredo se encontraba en ese sopor que producen bastantes cervezas, esa sensación de que los bordes de los objetos se diluyen. O habría sido que se sentía de buen humor por no tener que trabajar todos los días como todos aquellos de la maquiladora. O tal vez era necesario que defendiera su valía como padre y de pasada la hombría de su hijo. No importa, el caso es que José Alfredo Jiménez se levantó y, preguntándole a su hijo dónde estaba La Puerca, salió de su pequeño patio dispuesto a vengar todo. Pero antes de eso dio un trago, el primero a su cerveza recién abierta, era un trago largo, largo, largo. A la salud de lo que fuera a pasar, lo que fuera. Sus huevos comenzaron a calentarse.

* * *

Supe que mi papá se iba a meter en problemas desde el instante en que tomó un prolongado trago de su cerveza y salió de la casa. Nadie me ha querido decir qué sucedió, dicen que soy un niño y que de esas cosas todavía no debo saber nada. Pero yo sé que mi papá hizo el ridículo. No me pregunten. Solamente lo sé. Y es que papá siempre hace lo mismo. Como aquella vez en que se puso a cantar en medio de una fiesta y estaban ahí mis primos y mis primas y mis tíos y también estaba la abuela, aunque ella siempre está porque vive con nosotros. Pero también estaba la abuela y todo mundo estaba y papá se tambaleaba y que se para a cantar con esa voz como de rata enojada. Nunca he escuchado una rata, apenas he visto a unos cuantos ratones, pero supongo que así suena una rata cuando se enfurece, como papá en aquella fiesta. Cantaba muy feo y gritaba. Por eso, yo sé que hizo el ridículo.

* * *

La Puerca no andaba muy lejos, todavía estaba pateando su vieja pelota contra una descascarada pared. Para La Puerca la pelea no había significado mucho, una más de las que tendría que librar. Lo que él realmente quería era cogerse a una mujer, pero como aún no eyaculaba, pues no podía hacerlo.

* * *

José Alfredo estuvo a punto de agarrarlo descuidado. El niño gordo pudo ver al hombre unos metros antes de que lo alcanzara. A pesar de su cuerpo fofo, salió corriendo mientras la pelota rebotaba una última vez contra la pared. No conocía al papá del niño pendejo que acababa de madrear, pero un hombre con la mirada vidriosa, caminando tan rápido en su dirección no le proporcionó ni un gramo de confianza. Al correr escuchó que José Alfredo algo decía, no supo ni le interesó averiguarlo.

—Imaginate, güey. El pinche cerdito corría hecho la madre —le platicó después al Bobby mientras tomaba otro poco de cerveza.

* * *

—Que se chingue por culera —dijo mientras acomodaba su trapo en el hombro.

* * *

José Alfredo pudo observar que el niño se escabullía en una tienda, esa de la esquina, donde el dueño vende huevo echado a perder a precio de nuevo, como si tuviera a la gallina en el cuarto trasero. Hasta allá fue dando grandes zancadas, pateando el piso y saboreando la madriza que le iba a dar al puerco o cerdo o cochino o la mierda que fuera.

* * *

Jorge y Jesús ya tenían las caguamas, la promoción del Oxxo los convenció de que eran mejor opción frente a un sencillo six. También habían conseguido la mariguana y estaban sentados en la banqueta contando el dinero sobrante. Lo hicieron varias veces porque no eran unas lumbreras.

* * *

Y ESTE PINCHE HUERCO DE DÓNDE SALIÓ
RESPONDE TÚ DEBES DE SABER YO NO SÉ
NI MADRES JAVIER RODRÍGUEZ YA DEJA DE
JODERME PERO ESTE PINCHE NIÑO VINO
A ESCONDERSE ACÁ Y POR QUÉ VINO YO
NO SÉ PREGÚNTALE EN VEZ DE ESTARME
MOLESTANDO

* * *

A veces Jacinto se lamentaba porque casi ya no pasaban mujeres frente a su puerta. Eso le recordaba que en casa tenía que soportar a sus hijas. Por eso todos los días deseaba, lleno de fervor, que por fin se acabara ese suplicio. “La muerte, ¿dónde estás, culera?”

* * *

Primero fue un ruido anunciando el arribo apresurado de alguien, después una respiración entrecortada, parecía que el niño iba a estallar.

Javier Rodríguez, imaginó a una vaca muerta a punto de explotar, igual a la que vieron él y su hermano en el rancho del abuelo hace ya tantos años. En ese momento recordó que entre los dos le tiraron piedras al animal podrido. Él aventó una tan grande que la bestia explotó con un ruido sordo. Javier Rodríguez después vio que La Puerca se escondía detrás del mostrador, resoplando, sudando, tosiendo, pero casi alegre: había hallado quién lo defendiera. Volteó hacia su mujer sentada dentro de la trastienda, ella alzó los hombros. Javier volvió a mirar al niño, estaba a punto de decirle QUE SE LARGARA, QUE NO ERA UN LUGAR PARA JUGAR, QUE ÉL ERA VIEJO Y NO AGUANTABA LOS NIÑOS, QUE FUERA LO QUE FUERA QUE... en ese momento entró José Alfredo.

* * *

¿Qué es lo mejor que podríamos hacer por nuestro padre? No lo sabemos, nosotras nos desvivimos por él y sólo recibimos patadas. Hoy decidimos meterlo a la casa, él se puso rojo, rojo, rojo y comenzó a decir que somos unas hijas de la chingada, que maldita la hora en que nos concibió, que por qué diablos no lo dejamos en paz de una buena vez, que no está manco o cojo, que no está jodido de ningún lado, que todavía

puede caminar y correr y fornicar con cualquier mujer. Nuestras razones son infalibles, a hurtadillas le escuchamos decirle cosas sucias a una mujer. Eran las cosas más puercas y desagradables que la boca de un hombre puede pronunciar. Primero nos sonrojamos y después nos enfurecimos. Así que, por su bien, teníamos que meterlo. Se puso tan tenso y tan enojado y tan molesto y tan rojo que temimos por su vida. Hemos decidido dejarlo afuera otra vez, viendo siempre hacia el norte, siempre.

* * *

El niño anunció con un grito: “Quiere pegarme”. Fue entonces que el dueño de la tienda entendió todo. También su mujer, quién tomó el teléfono para hablar a la patrulla. José Alfredo no se quedó inmóvil y pudo hacer casi todo lo que quiso hacer: colgó el auricular que sostenía la mujer, le mentó la madre, volteó a ver al niño y dio dos pasos, únicamente dos porque Javier se interpuso. Pudo hacer todo, excepto pegarle a La Puerca. Javier pensó “hace tanto tiempo que no me madreo con alguien” y decidió, con plena felicidad, que le daría unos cuantos golpes, aunque fuera varios años menor que él. “Más sabe el diablo...”. No alcanzó a terminar el refrán porque José Alfredo dijo algo parecido a: “no mames, qué hueva, ya

se me quitaron las ganas.” Nadie entendió bien, el asunto fue que José Alfredo dio media vuelta y salió sin prisas, no sin antes mirar a los tres con su mejor mirada de asesino, una muy poco convincente, sin duda.

* * *

ESE PINCHE LOCO SE PARECÍA A TU HERMANA YA VAS EMPEZAR NO QUE MUY CABRÓN A VER POR QUÉ NO TE LO MADREASTE TÚ VISTE QUE SE FUE ANTES SÍ CÓMO NO PINCHE VIEJA NOMÁS ESTÁS VIENDO LA MANERA DE JODERME CARAJÓ

* * *

Caminó de regreso a su casa, mientras lo hacía hablaba solo. También daba puñetazos al aire. Parecía como si estuviera atacando a alguien, pero el vacío era todo lo que tenía enfrente. Entonces, vio a esos dos adolescentes sentados en la banqueta, eran cuatro ojos que lo seguían sin parpadear. Caminó directo a ellos.

* * *

El día continuaba soleado y Jorge y Jesús seguían contando dinero. En ese momento, José Alfredo Jiménez salió de la tienda y se vieron largamente, por casi un minuto.

* * *

—Es que se estaban burlando de mí, pinche Bobby.

* * *

Jorge sabía que algo estaba mal.

* * *

—¿Neta?

* * *

Jesús no sabía pelear. “Los dos apenas tenemos quince años”, pensó.

* * *

—Simón, por eso me los agarré a chingadazos —cuenta mientras toma otro poco más de su cerveza.

* * *

Al primero sólo le dio una patada, después otra. Jorge quedó tirado en el suelo, viendo la tierra desde muy cerca. Pudo observar a una hormiga cargando unos guijarros, unos muy grandes. A pesar del dolor, Jorge se preguntó cómo lograban unos animales tan pequeños transportar algo que parecía tan pesado, no sabe por qué lo hizo, pero esa fue la pregunta que se hizo en ese momento. Jesús salió corriendo. “Otra vez”, dijo José Alfredo.

* * *

LLEVAS MUCHO TIEMPO CALLADA SEGURITO ESTÁS PLANEANDO CÓMO CHINGARME EL QUE SE LA PASA MOLESTANDO ERES TÚ LA VERDAD NO ERES TAN IMPORTANTE PINCHE VIEJA POR QUÉ NO TE CALLAS DE UNA BUENA VEZ CARAJO

* * *

Jesús no sabía pelear, además apenas tenía quince años. A los quince nadie quiere enfrentar a un hombre, sólo se quiere fumar, tomar y, si es posible, coger.

* * *

El Bobby regresó a su casa. Se desvistió despacio. Contempló su imagen canina en el espejo. No le gustaban su cuerpo, peló los dientes y se metió a la regadera. Después iría con José Alfredo, seguro él tenía cervezas para esa noche caliente.

* * *

Jesús vio una puerta abierta, no le importó que la casa perteneciera al viejo que siempre murmuraba palabras a su hermana cada vez que los dos pasaban frente a él. Tampoco le molestó que el viejo estuviera sentado afuera de su casa, columpiándose en la mecedora.

* * *

Por eso se sentaba a esperar en la calle y aquella mañana no era la excepción. Jacinto vio que algo delgado y muy rápido intentaba meterse a su casa, por puro instinto alargó el pie. Jesús tropezó y rodó por el piso.

* * *

Y ya que hablamos de cheves, pues la neta, estaría mejor tener un refrigerador chidote, no la mierda que tenemos. Hay uno chingonzote, es marca White-Westinghouse. Para empezar, es dúplex, o sea, es de esos que tiene dos puertas. También tiene control de temperatura, despachador de agua y hielo y no tengo que andar descongelándolo cada tres meses. Pero ya que estoy hablando de la cocina, la verdad es que tengo una pinche estufa muy pedorra. El cabrón de José Alfredo siempre me pide que le haga la cena, parece que no tiene manitas. Debería comprarme una estufa Across con cubierta porcelanizada, ventana semi-panorámica, con cinco quemadores. El horno es de gran tamaño y tiene una parrilla intercambiable.

* * *

José Alfredo venía atrás, Jacinto no alcanzó a levantarse, nada más vio cómo agarraba a Jesús

del cuello con la mano izquierda y con el puño derecho le daba varios golpes en la cara.

—Oiga, usted no puede estar aquí.

* * *

Jesús no aguantó por mucho tiempo. Y es que no sabía pelear.

* * *

¿Qué es lo mejor que podríamos hacer por nuestro padre? No lo sabemos, nosotras nos desvivimos por él y sólo recibimos patadas. Lo que sí sabemos es que no es bueno que alguien esté golpeando a nuestro padre justo a la entrada de la casa. Sabemos que es malo y que tenemos que detenerlo de alguna manera. ¿Qué es lo mejor que podríamos hacer por nuestro padre? Aprender a defenderlo, pero somos tres y somos muy débiles. ¿Cómo detener a ese hombre de mirada vidriosa y enloquecida? Padre, ¿por qué no nos enseñaste a defenderte?

* * *

Después de que mamá me limpió y me curó le platicué que me había dolido en un lugar, pero no sabía dónde era, como que no podía identificar el sitio exacto donde nacía el dolor. Mamá dijo que era la dignidad, el orgullo, que ahora no tenía ni

dignidad ni orgullo. Eso era lo que me dolía. Yo le dije que no, que me dolía en el cuerpo, pero no me respondió, ya estaba viendo la tele con esa cara dura que pone cada vez que papá hace cosas desagradables.

* * *

¿Qué es lo mejor que podríamos hacer por nuestro padre? Pues se nos ocurrió que gritar y correr. Nos sorprendimos al encontrar en el suelo a un niño y a nuestro padre insultando al invasor, siempre viendo hacia el norte.

* * *

TE ACUERDAS DE MI HERMANO SÍ SE PARECÍA AL LOCO QUE ENTRÓ EN LA MAÑANA YA VAS A BURLARTE CABRONA TÚ SABES QUE NO ME GUSTA QUE HABLES ASÍ DE MI HERMANO TE IBA A PLATICAR DE CUANDO ENCONTRAMOS UNA VACA MUERTA YA VAS A COMENZAR DE NUEVO SI ESO YA ME LO HAS CONTADO UN CHINGO DE VECES PINCHE VIEJA Y LUEGO POR QUÉ TE TRATO NO TE DOY UN MADRAZO PORQUE ÁNDALE PÉGAME PÉGAME SI ERES TAN MACHITO HIJA DE LA CHINGADA NO PUDISTE CON EL LOCO DE LA TIENDA MENOS CONMIGO JAVIER RODRÍGUEZ

* * *

—Cabrón, hijo de la chingada, pinche pendejo, vete a la verga, puto.

A más insultos, más golpes y más ojos clavados al norte. De todas formas, el ataque de corazón le llegó por el otro lado, por el sur. Cuando Jacinto, con una extraña sonrisa, se derrumbó agarrándose el pecho, José Alfredo Jiménez se alejó desorientado.

* * *

MI HERMANO NO MURIÓ POR BORRACHO SÍ SÍ MURIÓ POR PEDOTE NO EL GÜEY DIO UN MAL PASO Y SE CAYÓ ERA UN ALBAÑIL BORRACHO Y YA CABRONA CUÁNDO VAS A ENTENDER QUE SE CAYÓ CUANDO ESTABA TRABAJANDO EN UN TECHO SE VINO PARA ABAJO DE UNA ALTURA DE DOS METROS Y SE ABRIÓ LA CABEZA A VECES LO EXTRAÑO MUCHO AYYY QUÉ TIERNO

* * *

—¡Nah!, el viejo ni se murió —le dijo al Bobby, que no pudo responder porque estaba bebiendo. Entonces, alzó su cerveza a la salud del viejo que siguió esperando a la muerte, siempre viendo hacia al norte. Pero ahora desde su cama.

* * *

Los incidentes sorprendidos, los moretones y la nariz rota de Jesús, no iban a terminar con la idea principal: meterse al canal, asolearse, fumar mota y tomar cerveza. Los dos eran necios.

Los dos también eran estúpidos. ¿Quién no es estúpido a los quince años?

* * *

José Alfredo Jiménez caminó tambaleante mientras hablaba solo. Los vecinos, que seguían las acciones desde el resguardo de sus puertas y ventanas, vieron que de pronto se dio un golpe con el puño directo a un cachete. Le dolió mucho, así que el siguiente fue con la palma de la mano, luego otra y otra cachetada, el escarlata invadió su cara. Gritó:

—No, no me peguen, no mamen, ya, no sean culeros, imamá!, imamá! ¡Me pegan los cabrones! ¡Mamá! ¡Mamáaaaaaaaaa!

* * *

Jorge y Jesús estaban sentados bajo la frondosa sombra de un mezquite. El canal traía agua casi limpia. Jorge estaba borracho. Jesús veía todo con los contornos difuminados y le dolía la cabeza.

¿Jorge era inteligente?

No, no lo era.

¿Jesús era inteligente?

Tampoco.

* * *

POR QUÉ CAMINAS ATRÁS DE MÍ A POCO AHORA NO TRAES PRISA LA VERDAD ES QUE ESTOY CANSADO A MÍ YA ME TIENES CANSADA PERO MIRA CÓMO AGUANTO NOMÁS PORQUE DIOS QUIERE CÚAL DIOS CARAJO CONTIGO Y TUS CHINGADERAS

* * *

Jorge piensa que el agua está chida.

¿Jorge sabía nadar?

No, no sabía.

Camina hacia el canal, abre los brazos como si quisiera ser abrazado por el líquido. Se introduce poco a poco, aunque con mucha seguridad.

Más tarde, Jesús platicó que el agua lo iba tapando y después sólo lo vio manotear. Como si estuviera aprendiendo a aplaudir.

* * *

El último grito delirante lo tumbó al suelo, ahí, José Alfredo, se revolcó un poco. Esperaría lo que fuera a suceder, la idea era engañar a quien viniera haciéndose la víctima. No sabía si su plan funcionaría, pero fue lo único que se le ocurrió en ese momento. Mientras tanto se puso a cantar: “No tengo trono ni reina, ni nadie que me comprenda”.

* * *

Acaba de llegar la vecina, esa vieja sí tiene un buen marido. Ella tiene una televisión chidota, y el otro día me presumió que ya iban a comprar otra nueva. Me dice, muy asustada, que José Alfredo está tirado en el terreno baldío de la otra cuadra. Pues que ahí se quede.

* * *

Nuestro padre no murió, aunque sí quedó postrado. No importa, estamos muy felices porque sobrevivió. También nos alegramos porque ahora no podrá salir a la calle a mirar mujeres y decirles cosas sucias. De ahora en adelante sólo nos tendrá a nosotras y cuidaremos de él y lo limpiaremos y lo alimentaremos y lo lavaremos y lo vestiremos porque no puede salir de cama. Lo logramos, somos las únicas mujeres que necesita, tal vez hasta nos turnemos para dormir con él. Queremos que todavía nos dure 100 años más. Lo único que no nos gusta es que continúa con su necedad de mirar hacia el norte siempre.

* * *

JAVIER RODRÍGUEZ YA TE DORMISTE OYE YA TE DORMISTE OYE QUE ME ESTÁS QUITANDO LAS SÁBANAS Y RONCAS MUY FUERTE CHINGADO POR QUÉ ME CASÉ CONTIGO.

* * *

Hasta en la noche apareció el cuerpo de Jorge flotando boca abajo. Despacio, muy despacio, viraba un poco a la derecha y después un poco a la izquierda. Parecía que bailaba.

* * *

Esa noche la mamá de La Puerca fue llorando hasta su cama. Lo abrazó y se quedó dormida ahí mismo. La Puerca la hizo a un lado. Fue al baño a masturbarse, salió algo líquido y viscoso. Una gran sonrisa surcó su rostro.

* * *

Ahorita que estoy viendo la tele con mamá y la abuela, papá está afuera con su amigo ese que parece perro. Volteo a verlos y tienen caras tristes y enojadas. En cuanto pueda me voy a largar de aquí a la chingada.

* * *

El Bobby llegó a la casa de José Alfredo por la noche. Lo encontró con los cachetes un poco inflamados, tomando cerveza en el pequeño patio bajo el patético árbol. Tenían un acuerdo tácito, José Alfredo le alcanzó una cerveza, el Bobby la tomó, encajó el destapador en la corcholata y lo movió ligeramente hacia arriba. Psssssst. Después el Bobby se sentó.

—¿Qué pedo, güey? —le dijo.

José Alfredo tomó un poco más de cerveza antes de contestar y, después de brindar por la ineptitud de la policía municipal, decidió contarle lo que le había pasado esa mañana del 30 de abril.

*Torreón, Mayo 2002 - Santiago de Querétaro, Enero
2004 - Torreón, Mayo 2017*

LESBIANAS ANCIANAS

Para Wenceslao Bruciaga

Si algo me da verdadero asco son las vaginas. Me parecen repugnantes, en serio, son como una herida gigante. Pobres viejas que tienen que vivir con ese portón abierto ahí abajo. Lo peor de todo es cuando se llena de sangre coagulada, como vísceras o algo así. Cada mes expulsando toda esa mierda roja sin parar. ¿Cómo le hacen para vivir? Digo, tan bonita que es la verga. Los hombres tenemos la mejor anatomía del universo. No es que odie a mis amigas, pero si un castigo existe después de esta vida seguro es reencarnar como mujer. O algo peor, como vagina. Sería terrible convertirse en una vagina. Tener esos labios gordos afuera y esa chingaderita que se parece a un pito, pero es minúsculo. Y no me interesa si me dicen que el clítoris es más sensible que un pito, puede ser todo lo sensible que quiera, puede ser tan sensible que se ponga a llorar cada vez que lo acarician. Al final es una copia mala de los pitos, de las vergas gordas y grandes que me encantan. Ocho mil fibras nerviosas no son competencia contra un falo hinchado.

Desde que tengo memoria las vaginas me causaron asco. Recuerdo a mi madre bañándose cuando era pequeño. Era tan liberal ella, metiéndose desnuda a la regadera con su hijo jotito, porque yo lo sabía desde entonces. Por lo menos lo intuía, sobre todo porque esa maraña de pelos de mi madre me daba asco, por eso lo sabía.

También lo supe el día que agarré un pito que no era el mío. Y se equivocan si creen que me violaron de chiquito. Para nada, durante toda mi niñez sólo experimenté cierta simpatía por los niños. Me gustaba mucho jugar fútbol, porque cuando metíamos gol todos nos abrazábamos. Es normal abrazarse en el fut, ¿o no?

Y a pesar de todo, no era malo jugando. Si era necesario metía cada madrazo que nadie creería en eso de que somos delicados. Ahora sí soy más tierno, tuve que hacerlo, me ha facilitado muchos asuntos en la vida. Como que la delicadeza maricona, bien utilizada, incluso puede abrir ciertas puertas sociales.

Aun así, no utilizo el femenino para todo. Algunas veces sí lo hago, me revienta, pero tengo que mantener cierto estereotipo homosexual, digo “perra”, “zorra” y “estúpida” cuando debo socializar. Eso es lo que se espera de un jotito, en especial si tienes 16 años y todos ya lo saben. El único insulto maricón que sí me gusta utilizar es “lesbianas ancianas”, reúne mis dos horrores: la vejez y dos vaginas chocando. Dos asquerosas heridas restregándose una y otra vez.

Por ejemplo, mi papá es una lesbiana anciana, sobre todo cuando se pone insoportable diciéndome que le presente a mis novíos. El imbécil no sabe

que yo no ando de noviecito, ¿qué chingaos le pasa?, yo nomás cojo. ¿Para qué quiero novio si puedo tener un montón de amigos y metérsela a todos? Su incomprensión es típica de una buga católica y moralista.

Además, me caga que quiera pasar por padre moderno, como si no supiera que, en realidad, por dentro se le revienta el hígado por no tener un machito. También lo odio por otra razón, lo odio porque me pasó sus genes de lesbiana anciana. Los peores que puedes tener en este país si eres puto: soy moreno y panzón. Estoy jodido.

Por eso odio a mi padre, por sus genes gandallas que no dejaron a mi madre intervenir lo suficiente como para darme un cuerpo delgado y atlético. Excepto en los ojos, los hermosos y verdes ojos de mi madre sí llegaron a mí.

Por eso es que salí del closet pronto, no como esos maricones que salen hasta después de los 18 años, como Emiliano, que está en el otro salón y a todos les dice que es un heterosexual emocionado por la moda. Eso no existe, ya se lo dije, pero no entiende. Pinche lesbiana anciana. Ya lo veo, estudiando diseño de modas en Guadalajara, bien puto, pero regresando a Torreón como si fuera todo un hombrecito, sólo para que su papá no le ponga la madriza de su vida.

Para demostrar a todos que eres gay hay que tener

huevos, muchos. No sólo a tus amigos, eso es fácil, también a tu familia y a todo mundo. Siempre existen los que se ponen nerviosos frente a un puto. Se enfurecen cuando se enteran que un joto está cerca de ellos. Me gusta provocarlos, hacer comentarios sexuales frente a ellos. Enrojecen y tartamudean. Seguro sienten que les pica el ano. Si supieran lo sabroso que es todo eso. Un día de van a madrear, pero qué importa.

También utilizo mi insulto preferido con ella, con mi madre. Sobre todo cuando me recuerda que fue por mi culpa que se divorció. Podría hacer algo para remediar eso, es sencillo: desaparecerme, regresar el tiempo y volverme a meter en su panza y abortarme. Aunque para eso tendría que introducirme por su vagina, mejor no, mejor que me mate y a la mierda.

Porque ni mi hermana pequeña, quien es tan ingenua, piensa que el divorcio de nuestros padres es por mi culpa. Si mi jotería causó que se pelearan, entonces el matrimonio es una de las mentiras más repetidas y peor construidas del planeta. Por eso no tengo novios, papá, para no convertirme en una lesbiana anciana como mamá.

A pesar de todo esto, no odio a mis padres, sólo siento un poco de pena por ellos. En realidad también los quiero, en especial porque tienen

muchas emociones contradictorias y como no saben bien qué hacer conmigo, pues me dejan en paz. Y la verdad que en eso estamos de acuerdo. Así puedo salir al *Play* a bailar como enajenado, y de una vez, ligarme alguna nalguita. Alguien que se sienta atraído por un puto gordo y prieto. Sí los hay, aunque mi amiga Lorena no lo cree. Y sé que no lo entiende porque ella es blanca, güera y delgada. Ah, y es vieja.

Lorena me lo dice directamente:

—¿Cómo le vas a gustar a alguien con esa panza, Carlos? Estoy segura que los jotos son igual de mamones que las chavas.

Así habla ella, qué se le va a hacer. A las amigas se les acepta y ya. Y aunque ella es hermosa, no ha cogido tanto como yo. De hecho, sé que lo ha hecho una cantidad de veces ridículas: tres y con el mismo tipo. Ah, son tan difíciles las viejas. Una razón más para amar la verga. Aunque a ella también le gusta, le agrada, pero no la ama como yo.

Amo la verga desde hace muchos años. Tal vez no son tantos, desde los once años y ocho meses, para ser exactos. Y no, no tengo el estereotipo, ese que le encanta a los que se sienten incómodos conmigo. Nadie me obligó a nada. A los once años probé la verga porque se me antojó. Carlos, mi primo, que entonces tenía 17, me la enseñó,

eso fue lo primero que hizo. Otro día me la puso en la mano. Se vino en cuanto la apreté un poco, todo lo hice con mucha curiosidad. Pobre cabrón, supongo que sigue con esos problemas. Eyaculaba más rápido que un *junior* pasándose un rojo. Así estuvimos varios meses, siempre que nos veíamos me la ponía en la mano y se venía. Ya hasta me preparaba para no quedar todo batido.

Un día me dijo que se había aburrido, me obligó a hincarme y me la puso en la boca, tampoco tuve que hacer nada, ni siquiera cerré la boca, se vino enseguida. Yo me tragué todo. Peculiar sabor, la verdad. ¿Qué cómo sé el significado de “peculiar” ? Ser puto no me hace ignorante, no jodan.

Y así, un día cerré la boca y moví mi cabeza rítmicamente. Carlos no sabía qué hacer. Hasta me dio un par de cachetadas para que lo soltara. No me dolieron mucho, pegaba como lesbiana anciana.

—No mames, cabrón, no mames. ¿Acaso crees que soy puto?

—Para nada, primo, para nada. Nomás se me ocurrió.

Y claro que tenía que suceder, pronto me puso a gatas. Ustedes saben lo que hizo, digo, para qué contarlo. Y cada vez que me la metía me decía antes:

—Pero sin puterías, eh, cabrón.

—Para nada, primo, para nada, eso no se me da —le decía mientras me agarraba a la pared para no caerme.

Todo se acabó el día que yo tomé su mano y la guíe hacia mi verga. Eran tan pequeñas, mis manos y mi verga, quiero decir. Las dos eran minúsculas, pero tenía once años, no se me podía pedir más. Entonces fue que se acabó mi primer gran amor, el cabrón me metió tres golpes en la cara y me dijo de nuevo que él no era puto, que tenía novia y que nunca más me volvería a tocar o hablar. Toda una lesbiana anciana, por supuesto. Desde entonces, no sé nada más de él.

A veces me arrepiento porque inicié muy tarde mi vida sexual. Sé de algunos que la comenzaron a los ocho años. En fin, sólo me tomó cuatro años para gritarle al mundo que soy puto. Eso se escuchó muy maricón.

Recuerdo que un domingo me levanté, fui derecho al cuarto de mis padres y antes de que pudieran despertar bien les informé que era joto y me encantaba la verga.

Debí llevar mi celular y tomarles una foto, la cara que pusieron los dos fue fenomenal. La guardé en mi memoria y de inmediato di media vuelta. Sabía que iba a ser complicado, pero nunca sospeché que mi padre me diera una patada en la espalda. Y así caí, cuan alto, prieto y gordo que soy.

Después, quiso agarrarme a patadas en el suelo, pero mi madre lo detuvo. Y no nos confundamos, lo detuvo pero no me defendió, sólo evitó que se cometiera un delito en su casa. Cuando por fin pude levantarme, mi padre estaba más tranquilo, es obvio que estuve en el suelo varios minutos. Creo que incluso me arrastré un poco para alejarme de ellos, sólo por precaución. No es que yo fuera un gusano o algo así.

Entonces, cuando me levanté, mi padre estaba sentado en la cama con la cabeza entre las manos y mamá estaba esperando para darme una bofetada. Fue una cachetada muy bien dirigida. Sentí que mi cabeza se desprendía de mi cuello y que mi cerebro era un dado dentro de la mano de dios. Con minúscula, que si dios existiera todos seríamos putos.

Esa cachetada nunca se me ha olvidado, por eso me alegro de que su matrimonio fracasara gracias a mi homosexualidad.

Desde ese día pude ver cómo se iban hundiendo en un odio mutuo. Mamá creía que mi padre era el culpable de mi comportamiento gracias a que siempre me trató duramente, y él pensaba que todo había comenzado con aquellos baños compartidos con ella. Ninguno de los dos tenía razón, por supuesto. Pero así son los papás, medio pendejos, qué se le va a hacer.

Digamos que fue lindo ser testigo de un matrimonio moribundo. Es lo bueno de que no nos podamos casar los putos. A pesar de que hay algunas locas gritando por ese derecho, y como se los niegan se convierten en frágiles lirios desmayados en el pantano. Pinches lesbianas ancianas.

Lo mejor de todo lo que sucedió aquella mañana, no fue la patada que recibí ni que me sentía más ligero a pesar de mi panza, lo mejor fue que ahora tengo dos casas. Cuando me hartó de uno me voy con el otro. Mi padre, ahora que es cristiano y descubrió el amor religioso, desea compensar todo el odio que me demostró durante los meses en que se fue pudriendo su vida, y mi madre me permite hacer lo que sea porque está muy ocupada en educar correctamente a mi hermana de ocho años para que no salga como yo. Debería, tal vez, sentir un poco de pena por ella, pero veo que el divorcio también le ayudó con su autoestima y disfruta ser el centro de atención de nuestra madre. Así que mi putería ha salvado a una familia entera. Quién lo diría.

Desde entonces, y muy a pesar de mis profesores de la escuela y con gran envidia de mis compañeros, hago lo que se me antoja. Nada de pedir permisos a mis padres. Desde los 15 sólo aviso alternativamente a uno o al otro. Lorena se entera que desde el

jueves salgo al antro y se llena de coraje por mi vida nocturna. Le digo que se calme, que de todas formas vivimos en Torreón y que eso de llamarle vida nocturna a lo mío es bastante triste. Digamos que voy tres veces a la semana al mismo lugar, me encuentro a los mismos putos y poco a poco, he conocido todas las vergas y todos los culos maricones de esta ciudad. Lorena me dice que ella no quiere conocer tantas vergas, que se conforma con salir a pistear desde el jueves.

—¿Y para qué quieres salir si no vas a coger?
—le respondo.

—Pues para divertirme, pendejo —me dice en un grito.

—Ay, bájale al pinche volumen, estúpida —le reclamo mientras me tapo el oído derecho. Estábamos en la escuela y con ese grito llamó la atención de la mitad del salón. Ahora ya están acostumbrados, el carácter de los dos los avasalla, sobre todo mi voz, amariconada y aguda pero potente. Ahora, imaginen. Alto, prieto, gordo, joto y con voz de pito. ¿Traigo todo, verdad?

Pero no soy como Emiliano, pobre jotito apagado y solitario, jugando a que le gustan las mujeres.

Después de tan bonita conversación, prendimos mi iPhone y cada uno se puso un auricular. Cantamos las de Lady Gaga y me valen madres los estereotipos.

Ella canta chingón y en el *Play* bailo y canto sus canciones como si no hubiera mañana. Lo malo es que apenas estábamos escuchando la segunda canción cuando el profe llegó y nos quitó el iPhone. Pinche lesbiana anciana.

Eso sí, tengo que reconocer que es una excelente estrategia para captar nuestra atención, porque también le pidió a Lorena su Blackberry. El maestro panzón sabe que los celulares son fundamentales para nuestro estilo de vida. No sólo tenemos ahí nuestra música, también nuestros álbumes fotográficos, la agenda y el reloj. Ahí están nuestras amistades y vida social, nuestras conversaciones más importantes, juegos y obsesiones. Nuestras cuentas de Instagram y Twitter y Facebook y Tumblr y YouTube y WhatsApp y Foursquare y todas las *apps* necesarias para tener una vida adolescente plena y feliz.

Ni modo, pusimos atención a la clase de historia. ¿Para qué demonios quiero saber sobre héroes muertos? Si por lo menos el profe me hablara de sus vidas sexuales. Apuesto que a Morelos le gustaban las vergas. Siempre me parece que los sacerdotes tienen esos gustitos. Pero, no, en lugar de eso, el semestre entero se la pasó disertando sobre lo maravillosos y heroicos que fueron todos esos personajes que nunca cagan, pero si lo llegaron a hacer, sólo salía mármol de sus culos. Volteé a ver

a Lorena, me hizo un gesto arrugando la nariz y sacando la lengua. Sí, a los dos nos caga Historia y más el profesor panzón que da la clase.

Pinche lesbiana anciana.

Al final de la clase nos regresaron nuestros celulares con discurso incluido. Apenas escuché al peor profesor del mundo, mejor revisé mis redes sociales y entonces escribí un tuit:

El profe de Historia nos quitó los celulares a Lorena y a mí. Es una lesbiana anciana que odia el presente, por eso enseña historia.

↩ 🗨️ ❤️ ⋮

Así, sin faltas de ortografía, que no me guste la historia y me enamoren las vergas no significa que sea un salvaje para redactar. Además, es de pésimo gusto lanzar tuits demostrando tu educación jodida. Por puro glamour todos deberían aprender a redactar correctamente.

Pronto tuve varias respuestas, no soy una estrella tuitera, pero ahí estaban la mitad del salón festejando mi babosada. Entonces, vi una respuesta diferente. Era un hombre que además de retuitear, me escribió lo siguiente:

Tu profe debe de entender que cada uno de nosotros tenemos distintas formas de aprender, así lo dice Paulo Coelho, bueno, más o menos.

↩ 🗨️ ❤️ ⋮

Adoro un tuit bien redactado y sin faltas de ortografía, pero no se lo digo a nadie. No me conviene ser alto, prieto, gordo, joto, con voz de pito y además nerd. Hay que mantener la imagen que me costó mucho concebir. La verdad, no es que me guste demasiado escribir y leer, simplemente aprendí a hacer ambas actividades de forma correcta.

En fin, un tuit atractivo que desencadenó todo lo que sucedió después y, además, me obligó a dejar de ligar a través de las redes sociales por varios años. No he podido quitarme de la mente aquella imagen encima de mí y la sensación de asco que me dan los vellos púbicos.

El autor del tuit era @Paulinob, lo sé, pésimo apodo para una cuenta, aunque ese era su verdadero nombre. Una primera gran decepción: Paulino Becerra. ¿Por qué hacen eso los padres? ¿Por qué deciden jodernos para toda la vida con esos nombres?

Paulino y yo comenzamos a tuitearnos. Pronto nos mandábamos más mensajes privados que públicos. Las relaciones a través de las redes sociales tienen tres posibles etapas. La primera consiste en descubrir quién es el que está detrás de la cuenta. La plática virtual se vuelve intensa, tuits van y vienen, estados de Facebook se convierten en un vil chat, todo son “jajajajajajajas” y múltiples emoticons

demostrando lo feliz que hace a cualquiera conocer a alguien nuevo. Y aquí se bifurca el camino. Una posibilidad es que la relación sea llevada a mensajes privados, números telefónicos y finalmente en un encuentro prometedor o decepcionante. Eso ya está fuera del poder feisbuquero.

La otra opción es que el nuevo amigo digital sea insoportable, incluso es posible adivinar que detrás de esa foto tomada en un ángulo que convierte al tipo en un hombre hermoso, en realidad exista un chaparro acomplejado y lonjudo. Eso pasa con la mayoría, son una gran decepción, incluso yo.

Con Paulino estaba convencido que seguiría la segunda opción, casi a todos los que conozco de esta manera son unos mamones o la tienen chiquita o no saben coger. Pero los tuits de Paulino y su redacción impecable eran muy atractivos. Además, también le gustaba la Gaga y era putísimo declarado, no como el imbécil del Emiliano que a cada rato se me acerca en la escuela para hacerme plática. El pobre piensa que lo voy a escuchar con sus problemas de clóset. Ni madres, se lo dije una vez: para salir se necesitan huevos. Huevos de puto, pero huevos.

Pronto nos pusimos de acuerdo para vernos en el *Play*, yo hasta me vestí con mis calzones más lindos, esos que me ayudan a disimular las lonjas.

Estaba dispuesto a meter la panza todo el tiempo que pudiera. De verdad que me tenía emocionado ese tal Paulino.

Pero no se dio y todo por culpa de la pendeja de Lorena. Ese viernes estuvo insistiendo en que quería conocer el *Play*. No me jodió un poco, todo lo contrario, fue como si de pronto tuviera a mi madre suplicando y pidiéndome que me cuidara mucho y usara condón. Incluso mi madre molesta menos, porque al final siente un poco de vergüenza cuando comienzo a platicarle de cómo el condón no es tan útil si la fricción entre ano y verga es muy intensa. Y, además, le explico que usando condones gruesos se pierde toda la sensación al coger por la cola. Con eso, casi siempre, es suficiente para que se retire a su cuarto a ver telenovelas.

Pues Lorena jodió todavía más, estaba tan aburrida con su vida social de buga, esperando a que su novio que la deja y la recoge cada vez que se le pone dura, le haga caso. Y sí, ese viernes, el tipo se fue a tomar con sus amigos, abandonando a una acelerada Lorena. Ya le dije que es momento de buscarse hombres nuevos, pero ella nada más me hace caras de asquito. Me habla al celular y se tira al piso para que la recoja emocionalmente y la lleve conmigo al *Play*.

—Si sigues así, te vas a convertir en la maricona oficial de mi grupo de putos —le digo con la voz

más aguda y potente que tengo para chingarle el oído.

—Ya cállate, cabrona, sácame este viernes, no quiero estar esperando a este pendejo que me dejó plantada.

—Te vas a convertir en la maricona y pronto te pondrás gorda y ningún hombre va a cogerte en tu vida. Entonces, te enamorarás de algún putín y vas a intentar cambiarlo de bando y ahí quedarás humillada por un jotito. Eso te va a pasar.

—Ya, cabrona, ya, no me hagas rogar. Ándale, que quiero conocer el antro ese tuyo.

Y tuve que llevarla. Y se puso pedísima. Y además debí cuidarla porque había unas tortilleras muy interesadas en sus nalgas. Y así fue como perdí la oportunidad con Paulino. Hasta se me jodió la noche con cualquier otro putito del antro. Eso de tener amigas bugas no deja nada bueno.

El sábado amanecí agotado, mi cuerpo reclamaba la falta de sexo o el exceso de fiesta, nunca lo supe. Por la tarde, mientras me preparaba para otra vez salir a bailar, sentí que las piernas se debilitaban y un sudor frío nació en mi frente. Comencé a temblar. Estaba enfermo, pronto terminé hincado frente al escusado, vomité como si no hubiera mañana.

Mi madre me atendió amorosamente. Hace tanto tiempo que no sentía ese cariño que hasta

comencé a perdonarle la cachetada que me dio aquella mañana hace tantos años. Vamos, que soy puto pero no insensible. Si Lady Gaga tiene una mamá sobreprotectora, creo que yo también puedo dejar que la mía me consienta un poco.

Cinco días estuve encamado por la infección. Al sexto me levanté y al séptimo festejé por los cuidados de mi madre en el antro, bailando a Gaga. Ella, mi madre, no la Gaga, por supuesto, no quería dejarme salir, pero es una pusilánime lesbiana anciana y, aunque un poco débil, estuve moviéndome toda la noche. Además, me veía *ma-ravi-llo-so*, esa enfermedad me hizo bajar un montón de kilos, mi belleza rompía la pista, bola de putos, y qué.

En algún momento, mientras bailaba y le daba sorbitos a mi bebida, saqué el celular. Si ustedes no pueden hacer todo eso al mismo tiempo, seguro ya son unas ancianas y lesbianas.

Y entonces me enteré que Paulino, a través de Twitter, acababa de hacer *check in* en Foursquare indicando que estaba en el Play. Volteé a todos lados, esperaba reconocer su rostro pero de noche las gatas no se parecen a sus fotos.

Fui al baño y también hice *check in* en Foursquare, pero agregué que estaba en el lavabo del antro. Paulino tardó menos de un minuto en buscarme.

Qué forma de besar, qué nalgas tan sabrosas, qué pito más grande. Toda una belleza delgada, blanca y chaparrita para este alto, prieto, gordo y con voz de pito. Me había sacado la puta lotería y no pensaba dejarla ir.

Y mientras nos besábamos por todo el antro, noté las miradas de los putitos a mi alrededor. Lo sé, lo sé, ni yo lo podía creer. Todas son unas lesbianas ancianas envidiosas. En lugar de ponerse así, deberían felicitarme y pensar que si me sucedió a mí, le puede pasar a cualquiera. Lo he logrado, escalé en la jerarquía gay.

Cuando por fin subimos a su auto, me llegó una revelación. Algo inexplicable en mí sucedió mientras tenía su gorda verga en la boca. Era una belleza que temblaba dentro de mí. Incluso todavía estaba creciendo mientras me movía rítmicamente. ¿En qué momento dejaría de crecer? Si intentaba metérmela toda, sentía que me ahogaba. Era gigantesca, la agarraba con las dos manos y todavía podía chupar el glande. Y mientras hacía esto, me llegó una nueva emoción desconocida. Creo que estaba enamorado. Por fin, seguro mi madre se pondría feliz. Hasta mi padre se alegraría sólo porque Paulino está lindo y güero.

Y ese fue mi más grande error, enamorarse es de pendejos y bugas. Así que no me quedaba más que, como buen imbécil, caer en los brazos de

Paulino. Pero, ¿qué importaba el amor cuando el sexo era más sustancial que comer?

No sé si él también estaba enamorado, en medio de mi estupidez no me lo pregunté. Paulino parecía muy feliz con lo que hacíamos, que, por otro lado, sólo se limitaba a coger y mandarnos tuits. Creo que he llegado a la relación perfecta, lo conocí profundamente sin necesidad de platicar con él, incluso, casi ni recordaba su voz o su rostro con expresiones que no fueran las de placer sexual. Además, tenía una excelente ortografía y, no sé por qué, eso me excitaba.

Por supuesto que Lorena se puso celosa. Ella rubia, guapa y delgada era despreciada por un tipo que ya no se la quería coger. Es lo que no saben todos mis compañeros de escuela que nomás se la pasan masturbándose. La virginidad sólo les preocupa a quienes no han cogido. Y después de que coges, no entiendes cómo fue que viviste tantos años sin olerle los genitales a alguien. Mi amiga justo se encontraba en ese momento, pero todavía no sabe cómo solucionar esa ansiedad que le quema la entrepierna. Yo le dije que se consiguiera otro, el que sea, pero todavía está interesada en eso de la moral y el respeto y las costumbres. Es por eso que se desborda de envidia cada vez que recibo o contesto un tuit de Paulino. Hasta me tomo tiempo

para responder y ella, con el celular en la mano, sin recibir nunca un triste mensajito de su novio, que ya no quiere ser su novio.

Y fue por todo esto que Lorena comenzó de chismosa, su triste vagina la convirtió en una lesbiana anciana y, sin decírmelo, puso toda su atención en averiguar quién era Paulino y por qué no era una buena opción para mí. Esto es algo que nunca le perdonaré, pero que he decidido no echárselo en cara porque así son las amigas, qué se le va a hacer.

No sé cómo lo hizo, pero un par de días después, se sentó muy seria conmigo durante uno de los recesos y me dijo que ella era mi amiga y me quería.

—Mira, pinche Carlos, a pesar de que estás panzón y prieto, yo te quiero, eres mi mejor amigo.

—Qué linda eres, cabrona —le dije, oliéndome que algo andaba mal.

—En serio, y como te he visto muy feliz, no quiero que cuando te suceda lo peor el golpe sea muy duro.

—Además de linda, me deseas lo mejor, qué buena amiga, Lorena.

Y me explicó todo lo malo que existía en Paulino: descubrió que era bien nalgas prontas, que yo no era su único novio, que seguro cogía sin condón, que tenía un hermano mayor fisicoculturista que odiaba a los putos, que su madre estaba totalmente

loca, que él mismo estaba ligeramente desquiciado, que no sabía bailar, que no salía del clóset con sus familiares, que se había cogido a mujeres...

—Y además, le apesta el hocico bien culero —exclamó a todo volumen para que todos en el patio escucharan.

Como ya todos estaban muy pendientes, decidí darles el espectáculo del semestre. Al fin que para eso soy puto y Lorena, pues una idiota.

El show fue lamentable, pero muy maricón y necesario. Le grité a Lorena, lo hice con mi voz más amanerada y los movimientos más jotos que podía imitar. Quería hacerla entender que sus envidias me las pasaba por el escroto. La humillé revelando su limitada experiencia sexual y le expliqué que era una lesbiana anciana por querer resolver un problema que no existía. Sin respirar, exclamé que no me decía nada nuevo. Sabía perfectamente que no era el único, pero que eso no me preocupaba, también conocía al hermano lleno de músculos y sabía bien que podría madrearme tanto que terminaría en Urgencias, que su mamá estaba desquiciada y que el mismo Paulino tomaba unas cuantas gotas de Rivotril diarias. Sabía eso y más porque Twitter y Facebook y WhatsApp nos dejaban conocernos como ella nunca conocería a ningún hombre. Y terminé gritando histéricamente

que mi culo y mi verga eran muy míos, y yo se los daba al hombre que se me antojara.

—¡Y cada vez que me revienten el culo es mi problema, pendeja!

Cuando acabé, el silencio en el patio era denso. Emiliano me miraba desde una prudente distancia con la boca abierta y ojos de admiración. Lorena estaba pálida, lloraba de rabia y decidió levantarse rumbo al baño. Toda la escuela, incluida la subdirectora me observaban.

—¿Y ustedes qué me ven, pinches lesbianas ancianas? —grité con la poca voz que me quedaba. Soy un puto dramático, sin duda.

La risa grupal no se hizo esperar, la subdirectora me tomó del brazo y me pasó a su despacho. No lloré hasta que cerró la puerta y nadie podía verme. Y lo hice sin patalear, era pura rabia contenida, porque me quedé con ganas de madrearme a todos los que se carcajaban.

Salí de la escuela suspendido por tres días y con una amenaza de expulsión flotando en mi cerebro. Iba rumbo a casa cuando una llamada de Paulino me alegró la mañana.

—Hola, ¿cómo estás, hermosa? —ese era uno de sus pocos defectos, le gustaba jotear.

—Pues mal, bello, tuve un problema en la escuela.

—Lo sospeché, también fue porque no vi ningún tuit tuyo por más de media hora.

—Ay, bebé, me conoces tan bien —no podía pedir

más, qué me importaba si se cogía a medio Torreón, el enamoramiento me tenía absolutamente imbécil.

—Vente a mi casa, mi hermano anda de viaje.

—Ese hermano tuyo me va a madrear nomás por puto.

—Pues sí, está bien pinche loco, pero anda en Monterrey.

—¿Y tú mamá?

—Tampoco está, se fue al café con sus amigas y después agarra la jarra hasta en la noche.

—¿Qué tan tarde llega?

—Fácil hasta las dos de la madrugada, desde que se compró un revolver se siente segura por las noches.

—Está bien loca, ¿verdad?

—La verdad que sí, por eso ya quiero que salgas de la prepa para irnos juntos al DF.

Esa idea era nueva, nunca la había tuiteado, feisbuqueado o inboxeado, nunca me la había platicado, pues. Me sorprendió un poco, quiero decir, que no me molestaba largarme de Torreón, pero yo no quería jugar a la casita, no ahorita, ni siquiera sabía si querría hacerlo alguna vez en mi vida.

¿Cuál sería la siguiente confesión? ¿Qué quiere casarse conmigo? Me sentía inseguro, pero también recordaba que cogía como ninguno de todos los hombres que han pasado por estas nalgas mías. Así que me importó poco, en ese momento me subí al auto que ardía bajo el verano infernal y enfilé rumbo a Jardines de California.

Era tanta mi ansiedad que, durante todo el trayecto, la verga la traía durísima. Ah, qué estupideces del amor.

Me recibió sin camiseta y en boxers. Todavía no eran las doce del mediodía y hacía 35 grados. Pero, no era por el calor, estoy seguro que quería desarmarme, convertirme en un pedazo de culo suicida que desea ser penetrado sin compasión. Vamos, Paulino, que todavía aprieto lo suficiente aunque no lo parezca. Vamos, que estoy listo para recibir cachetadas con tu miembro y ahogarme con tu semen. Si me das todo eso, hasta me caso contigo y me convierto en el ama de casa ideal o te mantengo, no importa que apenas voy a cumplir 17 y tú ya tengas 25. Soy un adulto y tomo las decisiones que quiera.

Me tomó de la verga y me llevó a la sala. Le pregunté que por qué no pasábamos a su cuarto.

—¿Por qué no pasamos a tu cuarto?

—Porque ayer me cogí a dos ahí y la verdad no quiero faltarte al respeto.

No entendí, aunque sentí que mis tripas se encogieron un poco, incluso la sangre en mi verga dejó de circular por un segundo.

—¿Y quiénes eran? —la curiosidad mató al puto, la curiosidad mató al puto, pensé.

—Nadie importante, un par de zorras facilotas.

—Bueno —dije, pero sentí ácido en la boca.

—A ver cómo anda esa garganta.

Y mientras me atragantaba con ese enorme fierro de carne, supe que en realidad a Paulino no

le importaba mucho lo que yo sintiera. Que era un egocéntrico manipulador con una gran verga que le daba todo el poder.

¿A cuántos más les decía lo mismo? Parece que Lorena tenía razón, pero pronto alejé todo eso de mi pensamiento porque sentí cómo su cuerpo se tensaba y que por mi garganta resbalaban sus líquidos.

Era mi turno, me quité la ropa y él se inclinó, se la dejé ir sin miramientos, con un poco de coraje por cogerse a dos sin platicarme y esperando lastimarlo un poco. Al principio se sorprendió, pero pronto estábamos bombeando al mismo tiempo. Era intocable, no había verga que lo dañara.

Decidí concentrarme en lo que hacíamos, sospechaba que, probablemente, esta sería la última vez, o tal vez no. No lo sabía, no me interesaba, mi pequeña verga se encontraba a punto de explotar y no quería esos pensamientos.

Justo comenzaba a venirme cuando entró su madre. Su rostro de sorpresa fue graciosísimo, pero seguro que el mío era más. El único que no se había asustado era Paulino, para él todo era una broma.

Saqué mi verga de su culo, una pequeña mancha de mierda ensuciaba la punta. Pinche Paulino, ¿por qué era tan puerco?

Ella vio mi verga, a su hijo, a mí y comenzó a

temblar. Yo la vi, después a Paulino y observé que una sonrisita discreta llena de desprecio aparecía en su rostro. Comencé a reír nerviosamente. Pensé que todo lo organizó Paulino, aunque no, me decía que no era posible.

Paulino comenzó a carcajearse y de pronto calló. Entonces lo vi asustado, tenía una razón, su madre me apuntaba con su nuevo revólver. Lo había sacado de su bolsa rápidamente, tan rápido que no me dio oportunidad de vestirme.

—¿Así que quieres humillarme cogiéndote a un prieto en mi sala? ¿No fue suficiente los dos indios que te cogiste ayer, cabrón?

Después de hacer esas dos preguntas metió la mano a su bolsa y sacó de ellas unas esposas forradas con peluche rosa. Las aventó a nuestros pies.

—Ponte una y la otra amárrala al mueble de la tele.

—Mamá, no es para tanto —la voz de Paulino temblaba. Yo también lo hacía.

—¿Qué chingaos hace tu mamá con unas esposas, Paulino? —grité histérico.

La respuesta fue un golpe que me dio su madre con el cañón en la cabeza. El dolor me hizo doblarme.

—Cállate, prieto de mierda. No voy dejar que mi hijo se ande cogiendo a gente que no es de su clase.

Lorena tenía razón, su madre estaba realmente desquiciada. Pensé en eso por un segundo, y cómo debería disculparme por gritarle frente a casi toda la escuela. Pero pronto lo olvidé, porque aquella mujer me dio otro golpe con el arma, ahora en la sien. No muy fuerte, pero me dolió hasta el cerebro.

—Como tú quieres humillarme, ahora verás lo que se siente que te escupan en la cara todos los días, hijo.

Volteó a verme y mientras movía el revólver me indicó que me acostara boca arriba sobre el sofá. Después se quitó los calzones y se subió la falda.

—Comienza a chupar, puto de mierda, si haces algo más le hago un agujero a tu cabeza para que tus amigos te puedan coger por ahí.

Mientras su asquerosa vagina se posaba sobre mi boca, lo único que podía ver, por completo aterrado, era ese agujerito de metal negro, muy pequeño, por donde podría salir una bala que acabaría con todo lo que conozco. Puse toda mi atención en lamer como si comiera una nieve de vainilla, pensé en una nieve de vainilla para no vomitar.

—Chupa, puto, y cuidadito con soplar. Te voy a quitar lo maricón a vaginazos, ya verás.

A la verga todo, pensé mientras sentía los pelos púbicos de la mamá de Paulino en la nariz, a la verga Paulino y su hermano y su mamá y la escuela

y Lorena y todo. Cerré los ojos y deseé que esto fuera una pesadilla, pero al abrirlos seguía sobre mi rostro esa asquerosa vagina de lesbiana anciana.

ÍNDICE

Huevos calientes	7
Lesbianas ancianas	45

DANIEL HERRERA Escritor, músico, profesor y periodista. Nació en Torreón, Coahuila en 1978. Ha publicado en distintas revistas y periódicos nacionales como *Letras Libres*, *Moho*, *Tierra Adentro*, *Replicante*, *Armas y Letras*, *Punto de Partida*, *Milenio Semanal*, *La Tempestad*, *Etcétera*, *La Razón* y *Milenio*. Tiene cuatro libros: *Con las piernas ligeramente separadas* (2005, colección La Fragua, Instituto Coahuilense de Cultura), *Polvo rojo* (Ficticia, 2009), *Melamina* (Tierra Adentro, 2012) y *Quisiera ser John Fante* (Moho, 2015). Fue becario del Fonca en la generación del 2012-2013. Se le puede seguir por Twitter: @puratolvanera

“Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la insula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas.”

*El Duque a Sancho, al conferirle el gobierno de una insula.
El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, Libro II, capítulo XLII*



Huevos calientes de Daniel Herrera terminó de imprimirse en marzo de 2019, en los talleres de Serma Impresos, S.A. de C.V. En su composición se utilizaron los tipos Cormorant, Gotham Book, Playfair y Californian BT. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Jessica Nieto. Diseño editorial de Alejandro Esparza



